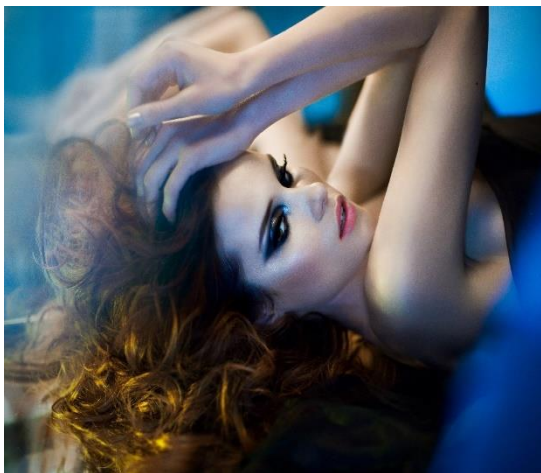


EINNOVA TEATRO: ANAÏS, HENRY Y SU MUJER

Tomás Andrés Tripero



“Anaïs, Henry y su mujer” Y “Anaïs y June: dos mujeres al otro lado del espejo” Dos obras de teatro de Tomás Andrés Tripero inspiradas en una extraordinaria historia literaria real. (En imagen la actriz Mairén Muñoz Rodríguez, como Anaïs)

Según Anaïs Nin la psicología erótica femenina es muy diferente de la masculina y aunque el lenguaje de los hombres no es el más adecuado para describirla, comparto la idea de que su lenguaje, llevado al teatro, está todavía por inventarse. Y tal vez lo más difícil de todo sea crear esa fusión dramática entre erotismo, libertad, sensualidad, sentimiento y emoción. Puede que el planteamiento erróneo fundamental del tratamiento de lo erótico haya sido el de arrinconarlo a las regiones marginales y groseras de la comunicación multimedia, haciéndolo totalmente explícito, vulgarmente mecánico, detestablemente machista o absolutamente exagerado. Olvidando, o relegando, todo lo que de verdad tiene que ver con el deseo y con el goce. La imaginación y sus fantasías, la ansiedad y la culpabilidad, la liberación de los caprichos, la concupiscencia y el afloramiento de los impulsos más profundos de la psicología humana.

Por otra parte las propias mujeres defienden que, frente a la búsqueda masculina de la inmediatez del goce, ellas se encuentran más capacitadas para vincular el erotismo con la palabra, la imaginación, la sensibilidad y la emoción. Como diría el gran Walter Benjamin - quien destacó el poder del lenguaje sobre el cuerpo – “*en realidad se ama con las palabras*”. También me he permitido acercarme mejor al mundo profundo de la psicología de la mujer a través del pensamiento de otra mujer: Karen Horney y sus estudios sobre la sexualidad femenina (Alianza 1967). En estos, destacó el papel de la cultura tradicional patriarcal y machista en la formación de la psique femenina, que hacía que fuera imposible determinar lo que es claramente femenino. En una conferencia titulada “*La mujer: más allá del miedo de Acción*” (1935), argumentó que sólo cuando las mujeres se hayan totalmente liberado de las concepciones “masculinizantes” de la feminidad podremos

llegar a descubrir la forma en que realmente se diferencian - en su psicología sexual - las mujeres de los hombres.

También he tratado, no sé hasta qué punto con éxito, de aproximarse a la psicología femenina de la mano de una de mis escritoras preferidas: Irène Némirovski, quien - como ninguna otra - ha sabido encontrar la fuerza de la infancia, escondida en el corazón de una mujer, como determinante de sus impulsos afectivos.

Anais, me interesa especialmente como mujer, porque relacionó sus vivencias pasionales con el arte, la literatura, la música y especialmente con la danza a la que dedicó gran parte de sus ilusiones vitales. No puede dejar de haber arte, música y danza en una obra teatral sobre unos personajes que se parecen mucho a Anaïs Nin a Henry Miller y a June, la mujer de éste, pero que - aunque inspirados en ellos y en parte de sus ideas sobre la sexualidad - no son los mismos, tampoco sus palabras.

Pero... ¿Quién era el verdadero Henry?

Henry Miller nace en Nueva York - en 1891- y nació para ser un escritor y un gran viajero y aventurero. Aventurero, además, en todos los aspectos vitales de la palabra.

Decía Henri Wallon, en su *Psicología del Desarrollo*, que le interesaba la infancia porque en ella se podía ver reflejada la esencia y la identidad psicológica de cualquier ser humano., y... ¡cómo no!.... Henry Miller no iba a ser una excepción. La infancia es una realidad continuamente presente en la escritura de Miller, es ese recuerdo opaco y borroso de su niñez en el distrito XIV de Nueva York. El distrito que aglutinaba a una gran población emigrante de todas las partes del mundo. Un hogar, se decía, para cualquiera de cualquier lugar y que hoy tendríamos que escribir con letras de oro.: **“Home to Everyone From Everywhere”**. Era el recuerdo de un niño “un chico de Brooklyn” como tantos, que se había visto protegido, cuidado y amparado, que no había conocido sino alegría y despreocupación hasta los diez años. Su literatura trata de un ir y venir de la infancia a la madurez, de Nueva York a París, de la seguridad, y la fidelidad del amor, al desengaño. Durante sus años juveniles - tal y como puede percibirse en los atisbos biográficos de *Sexus* - parece buscarse la vida como puede en la Ciudad de Nueva York, a cuyo paisaje y espíritu urbano rindió un culto especial en su obra. A través de las palabras escritas de Henry podemos contemplar la vista del puente de Brooklyn desde el muelle, el bullicio de Times Square o el paisaje de Long Island mientras sentimos en la brisa el recuerdo de un poeta universal, el viejo bello Walt Whitman.

1928 va a ser una fecha significativa para Henry Miller porque va a casarse con June. Edith Smith (Mona en sus referencias literarias) - que no sería ni mucho menos una esposa corriente - después de divorciarse de su primera mujer Beatrice Sylvas, de quien tuvo una hija y de cuyas relaciones “post-matrimoniales” queda testimonio en *Sexus*. Sin expectativas laborales por la llamada “*gran depresión*”, la primera de las grandes crisis especulativo-financieras de Wall Street contra la población corriente, decide - ligero de equipaje – y con casi 40 años- marcharse a Europa. Al París de 1930. No tiene para comer ni para alojarse con el intenso frío del invierno parisino. Sobrevive como puede, pero un buen día la suerte le acompaña y conoce a Richard Osborn. Un abogado compatriota y benefactor que le ofrece un cobijo más seguro en una de las habitaciones de su apartamento y, además, 10 dólares cada día con el café del desayuno. “*El dirigió mis pasos – dice Henry - en la buena dirección*” En la dirección, por cierto, que le conduciría inexorablemente a Anaïs Nin. Y no tardó mucho Henry Miller en París en obtener su primer empleo como corrector de estilo de en el periódico “*Chicago Tribune*”.

Y es también así como, en 1931, el destino le depara conocer a una mujer sorprendente y decisiva en su vida y en la de June: Anaïs Nin, **la fantásica “niña-mujer” española**. Una mujer atractiva de veintiocho años que comenzaba a sentir el paso del tiempo y que empezaba a necesitar huir de su cómodo pero poco estimulante ambiente de esposa formal y abnegada en un arreglado hogar de Louveciennes, en el que ella vivió desde 1931 hasta 1935. Se trataba de un hermoso pueblo al oeste de París que había sido muy del gusto estético de los pintores impresionistas de finales del siglo XIX y que buscaron además allí su inspiración. Hoy podemos disfrutar de un gran número de pinturas del lugar de la mano de genios como Renoir, Pissarro, Sisley o Monet que muestran los paisajes y los temas propios de Louveciennes. Fue allí en, Louveciennes, donde Henry y Anaïs fueron mutuamente seducidos por la escritura y se amaron a través de las palabras. “*¡Estoy cantando! y no a escondidas, sino en voz alta. ¡He conocido a Henry Miller! Un hombre que me gustó...amable...enérgico pero tolerante, un ser humano sensible, un hombre a quien, como a mí, la vida le embriaga*” (1 de diciembre de 1931) Su experiencia erótico-literaria fue corta pero intensa, sus diferentes circunstancias vitales lograron separarlos, al cabo del tiempo y a causa de los avatares de la historia turbulenta del mundo que les rodeaba.

Se distanciaron sí en su proximidad física pero nunca renunciaron al intento de entenderse y reconocerse, el uno a través del otro. Y ese fue su verdadero gran amor. Fue en realidad un intento prodigioso de explicarse ambos con

palabras. Al poco tiempo de su encuentro con Anaïs llega a París su esposa June. De quien Anaïs dijera que “*era la mujer más bella que jamás pudiera haber conocido*”. Ese sería el comienzo de una sorprendente experiencia de libertad vital entre nuestros tres personajes. Es entonces cuando Henry Miller comienza a escribir “*Trópico de Cáncer*” en la Villa Surat de Montparnasse, cuya primera edición es la de 1934. Una novela que fue perseguida y censurada por “*obscenidad*” -según las leyes estadounidenses de la época - y contra la que los hipócritas moralistas consideraban “*pornografía*”. Hasta 1961 no pudo ser leída abiertamente por los lectores norteamericanos, pero sí de manera furtiva ya que viajó a EEUU disfrazada con la portada de “*Jane Eyre*”, la conocida novela de Charlotte Brontë.

Miller fue un escritor rebelde, la moral conservadora y tradicional de una sociedad norteamericana que nunca pudo tolerarle su aportación literaria a la liberación sexual de la mujer y ¡mucho menos la visibilidad lésbica!, la transgresión de los principios puritanos, la denuncia de su hipocresía y de su cinismo, especialmente el de aquellos que, mientras se enriquecían de manera dudosa, defendían los valores tradicionales de la familia conservadora, al mismo tiempo que frecuentaban los burdeles de lujo de la época. El sexo y sus múltiples dimensiones placenteras parecía serle negado a la gente corriente que habría de conformarse, como mucho, con una sexualidad prudente y doméstica. Pero el lenguaje del sexo puro y duro, explícito, grosero y vulgar no sólo pretendía su reconocimiento y su lugar específico en la obra literaria, como parte arraigada del vocabulario de la gente, suponía también un gesto expresionista para reflexionar sobre la propia condición humana y sus miserias.

El desamparo, la desorientación, el miedo, la búsqueda incesante de la infancia, el deseo y la duda. En 1936, publica “*Primavera negra*”, reconocida como el puente literario que une el *Trópico de Cáncer* (1934) con el de *Capricornio* (1939). Se trata, nuevamente, de un ir y venir del mundo de la infancia y de la adolescencia, en su querido barrio de emigrantes de Brooklyn, en donde su padre trabajaba en una sastrería por donde desfilaban los sujetos más variopintos, magistralmente retratados en la literatura de Miller. Y es quizá en esta obra en donde de manera más clarividente se rinde culto literario y personal a Walt Whitman, a Proust, a Lewis Carroll, a Joyce y al surrealismo. Con “*Trópico de Capricornio*” (1939) distribuido en EEUU, como se habrían de distribuir los libros importantes en la España Franquista a partir de ese momento - de manera oculta y disimulada - surge el fenómeno de la “*literatura underground*”. En 1940 huye de la Francia colaboracionista con el nazismo de Vichy, para instalarse en el Big Sur de California. Los

Trópicos, censurados como pornográficos, fueron terminantemente prohibidos por los puritanos países anglosajones de la época hasta que, ya en 1964, la Corte Suprema de los Estados Unidos se ve en la necesidad de anular la condena de Miller por obscenidad y hacer libremente pública su obra, como la de uno de los escritores más representativos de América.

Y va a ser en 1949 cuando comienza la andadura de La crucifixión rosa, la gran trilogía compuesta por *Sexus*(1949), *Plexus*(1953) y *Nexus*(1960).

Sexus (1949) Es una obra marcada por los aspectos complicados y traumáticos del divorcio con su primera esposa y su posterior matrimonio con June, la mujer que sería esencial inspiradora de la gran experiencia amorosa compartida entre ella, su Miller, su marido, y Anais Nin. Pero es además la nostalgia del Nueva York de su Juventud, del recuerdo de muchos de amantes, amigos y conocidos con los que compartía las penurias de una vida difícil. Son los primeros pasos del nacimiento de su vocación literaria, de la fascinación por la lectura y la escritura.

Los episodios escandalosos y provocativos no son más que ráfagas luminosas que le sirven para hacer filosofía de la lucha por la vida, la de él mismo y la de otros con los que se comparte escenas de un especial lirismo y humanidad. El sexo es lo de menos, lo de más la realidad del amor y de la libertad entre los seres humanos.

Plexus. (1953) Recrea, de nuevo, mediante cinematográficos flash backs los recuerdos de infancia de Miller. Es el encuentro apasionado y definitivo con la escritura. No hay otro deber, no hay otra pasión para un escritor que la de escribir. Por difícil que sea, por imposible que parezca, aunque haya que sacrificarlo todo, las comodidades, incluso el trabajo precario, contra viento y marea. Las dificultades - muchas - se dulcifican con las pinceladas magistrales de su humor. Es una novela íntima del niño que se hace hombre y escritor en esa sociedad, sin alma, de la especulación financiera y de la opresión económica y social contra los seres humanos.

Nexus (1960) Supone el especial y sorprendente encuentro amoroso de las tres extraordinarias figuras, la del propio Henry, June y “Anastasia” (Obviamente Anais Nin). Henry Miller y Anais Nin vivieron una década de esplendor amoroso, en los años 30. Sus diferentes compromisos vitales, las circunstancias diversas de sus vidas, lograron finalmente separarles, pero ni siquiera el paso de los largos años impidió que su amor fuera la constante inalterable de sus vidas. Quienes habían compartido libertad y amor, lograron lo más difícil, permanecerse fieles, durante toda la vida, en el sentimiento y en la memoria.

En la última carta de Henry a Anaïs le dice entre otras cosas:

“Mi querida Anaïs: ¿Qué son las despedidas sino saludos de tristeza?...Anaïs, no creo que nadie haya sido tan feliz como lo fuimos nosotros. No creo que, en la historia del hombre y de la mujer, haya existido un hombre y una mujer como tú....Recuerdo tu diario rojo, que tirabas en la humedad de la cama, entre tus labios entreabiertos y mi deseo. Te deseo con la desesperación y el anhelo de lo imposible....y ya te has ido y tal vez, en un sueño imaginativo y romántico, leerás estas palabras una y otra vez, en medio de mi ciudad, con la gente pasando en medio de las calles y la sorpresa en tus ojos. Mi querida Anaïs, ma appetite, ma Jolie...Te extraño a casi todas las horas: cuando escribo, cuando te piensocuando me acuerdo de las horas interminables entre el humo de la velas y whisky. Ya nos encontraremos en otras vidas y en otras vidas podré poseerte y quedarme contigo para siempre. Y te veré sonriendo en medio de la nieve y entre libros y vino. Adiós Anaïs.”